

DESCIFRANDO EL LIBRO DE LOS PUEBLOS

ANTONIO CARMONA

Desde la historia a

las historias fingidas y
al oráculo de la pitonisa

“¿No es útil también –la mentira- con respecto a las leyendas mitológicas de las que antes hablábamos, cuando, desconociendo la verdad de los hechos antiguos transformamos lo falso en lo más semejante a lo verdadero?”

“Ciertamente. Así es.”

La República Platón

“Los pensamientos sobresalientes deben ir como bordados en la obra, como formando con esta un solo cuerpo. Homero y los líricos griegos; Virgilio, honor de la poesía romana, y Horacio, tan feliz en la expresión de las ideas, son pruebas de ello. Los demás no han visto el camino que lleva al Parnaso, o, si lo han visto, han temido emprenderlo.

“El que quiera, por ejemplo, tratar asunto tan importante como la guerra civil, no podrá dar cima a la tarea si no ha estudiado a fondo la material. No se ha de contentar, en efecto, con encerrar en sus versos la relación de lo acontecido. Eso corresponde a la historia, que lo hará mejor. Tiene que emplear grandes rodeos, recurrir a la intervención de los dioses. El genio, libre siempre, se ha de precipitar entre las ficciones de la fábula. Más se ha de asemejar su inspiración a los oráculos de la pitonisa que se agita en el trípode del profético delirio, que a una narración fiel, apoyada en indiscutibles testimonios.”

El Satiricón. Petronio

“¡pero iré a buscarte en tu limbo, celestial belleza! Como Orfeo, descenderé a los infiernos del arte para traer de allí la vida.”

La obra maestra desconocida. Honoré de Balzac.

“Hoy en día –se lamentaba el señor Keuner- existen incontables personas capaces de vanagloriarse públicamente de poder escribir grandes libros sin apoyos ajenos, y por sí.”

“Y qué poco necesitan estas personas para desempeñar su actividad. Una pluma y algo de papel...Y sin otro auxilio, con el solo material que cabría en las manos de una persona, son capaces de levantar su pequeña barraca. Pues desconocen edificios mayores de los que uno solo es capaz de construir.”

Historias del Señor Keuner. Originalidad. **Bertolt Brecht.**

El libro que escriben los pueblos

Como Sísifo, condenado perpetuamente a empujar una enorme roca hasta la cima de un monte, de donde volvería a caer por su propio peso, sin posibilidad de sostenerla, sino verla caer y tener que subirla de nuevo, hace poco más de cuatro décadas, Augusto Roa Bastos, escribía y reescribía desde hacía años, tal vez toda su vida, *Yo El Supremo*, construyendo y deconstruyendo y reconstruyendo una y otra vez la historia de José Gaspar Rodríguez de Francia, que no casualmente ostentaba y ostenta el título de *Dictador Perpetuo* del Paraguay.

Perpetuo, nos dice el diccionario, significa “que dura y permanece para siempre”.

En el momento que se había anunciado definitivamente la publicación de la novela, una de las tantas veces que “la roca” entró en imprenta, el Roa-Sísifo, condenado a perpetuidad a la escritura de esa historia, retiró las pruebas una vez más. Con las galeras corregidas por enésima vez, ya anunciada y reanunciada, postergada y repostergada la edición, tuvo una última duda y estuvo a punto de reescribirla, de perpetuar la condena: la duda era si conservar o no el *Apéndice* que instaló entre el final de la novela, el fin de la perpetuidad de Francia, mientras “*Yo El*” relata su muerte, y la Nota del Compilador que cierra, con cierto sarcasmo, su hazaña: “Esta compilación ha sido entresacada –más honrado sería sonsacada- de unos veinte mil legajos, éditos e inéditos; otros tantos volúmenes, folletos, periódicos, correspondencias y toda suerte de

testimonios ocultados, consultados, espigados, espiados en bibliotecas y archivos privados y oficiales...y sigue el interminable, sisifiano recuento.

Es el momento, creo, en que dice Camus que el condenado descansa y sonríe en el instante que la piedra se posa en la cima por un instante y el inicio de la inminente ca da.

Esa vez la piedra no cayó. Tras una larga madrugada de corrección, decidió dejar el apéndice, que era uno de los tantos entre-textos que integran la novela, entresacados de la memoria de sus lecturas, reescritos en su convicción de que toda escritura se edifica sobre las precedentes, en el palimpsesto de la historia universal que escriben los pueblos.

El contenido del apéndice, subtulado *1. Los restos de EL SUPREMO*, y *2. Migración de los restos de EL SUPREMO*, es real, quiero decir, que antes que Roa lo convirtiera en ficción, fue un acontecimiento cierto, no tal cual lo pinta el narrador, haciéndole una apertura de **historia fingida**: “Si bien es cierto que el Ministerio del Interior del Paraguay hizo una circular el 31 de enero de 1961”, como consta en la presentación que hace el **compilador**, no lo es que la misma llegara a “los más apartados confines del país”; fue dirigida a los más reconocidos historiadores “oficiales”, que respondieron prestos, y cuyas especulaciones fueron publicadas en un minúsculo volumen de 80 páginas, incluyendo fotos de “partes del cráneo del Doctor Francia”, en junio de 1962.

Los historiadores respondieron con “deposiciones” -dice el compilador Roa -con la ambigüedad semántica del término: exposición o evacuación de vientre-, algunas de las cuales fragmentariamente se trasciben en la novela textualmente, haciendo inclinar la balanza hacia la segunda significación.

Tampoco es cierto que se armara una “disputa ardorosa, vocingleramente” sobre el “auténtico cráneo de El Supremo”. Por el contrario, los “especialistas, cronistas y folletinistas de la historia paraguaya”, se cuadraron ante la orden superior y escribieron las precisiones más sobrias posibles sobre las más delirante especulaciones de la historia sobre el destino de los restos del Supremo Dictador. Uno de ellos, al que Roa siguió en sus escritos históricos y cita más de una vez en su novela, como Julio César, hace hasta literatura tratando de ser científico: “A mediados de 1841 se agitó el ambiente político paraguayo abriéndose una encendida polémica sobre la vida y la obra de El Supremo.

Circularon panfletos, pasquines, corrieron prosas y versos. Movilizáronse entusiastamente sus enemigos y sus partidarios.”

El “enfrentamiento papelario” verdadero se produjo después de la publicación de la novela, por lo que se puede decir que, aunque Francia no ha estado nunca muerto del todo en la vida pública, intelectual y política en el Paraguay, Roa hizo revivir al fantasma en la interminable sonata de francistas vs. antifrancistas, panfletarios y pasquinos...

No es casual que la historia comience con un pasquín, no con el texto del pasquín, sino con la reproducción papelaria del panfleto puesta en escena, en la primera página de la novela.

Y, mucho menos, que termine también prácticamente con un pasquín que el propio Francia le dicta a Patiño, condenando a su infiel fiel de fechos a muerte, dejando en evidencia que el pasquín inicial es, como él le insinúa a Patiño, de puño y letra del dictador, distorsionando en este caso la historia fingida perversamente para acusar a sus enemigos.

Este pasquín con firma no se cumplió, porque no se cumplió la perennidad del Supremo; murió antes de que la sentencia fuera ejecutada. El pasquín falsario, sin embargo, sirvió para perseguir y condenar a sus críticos.

Roa hace hincapié en la doble faz del fingimiento proclamado por Cervantes: “Las historias fingidas tanto como tienen de buenas y deleitables cuando se llegan a la verdad o la semejanza de ella –dice el autor de El Quijote-, y las verdaderas tanto son mejores cuanto son más verdaderas”.

Muchos colegas no me creían en aquél entonces, ni hasta hoy, cuando afirmaba que el texto original era “real”, no ficticio. Tengo siempre a mano y releo la edición del Ministerio del Interior, del entonces tenebroso ministro de la dictadura de Stroessner, Edgar L. Insfrán, para acreditar la tenue frontera roística entre realidad y ficción, poniendo en contraste con la historia fingida hasta los textos que se publican como historia verdadera.

El sabía, y en toda su obra hay muchas alusiones que lo testifican, que toda narración es ilusión y que la única forma de desilusionarla es aceptar que la misma realidad es fingida o deformada con los lentes con que se la mira, con los espejos múltiples que la reflejan.

No existe realidad en la palabra. La palabra es la única realidad. O, dicho en sus propios términos: “Escribir no significa convertir lo real en palabras, sino hacer que la palabra sea real”.

La duda de Roa en ese momento de delirancia crucial en que debía parir a la criatura, tal vez un demonio más terrible y duradero que el de la realidad, radicaba en si entrar en la ficción patriotera que había desatado el astuto ministro del Interior del estronismo, -que ya había caído en el olvido, tras su virulenta destitución-; y que, como pasó en muchos casos, leyéramos su ficción como historia, confundiendo su búsqueda de la parte de la realidad que desconocemos, como escribe Platón en la República, con la irrealdad cómplice de los **historiografiadores** oficiales y oficialistas de turno.

Dudaba entre si la inclusión no era azuzar de nuevo el fuego que Insfrán había instalado, o si, como sucedió luego, en esta confusión de ficción y realidad, los historiadores tomaran la novela en serio al encontrar parte de sus reflexiones incluidas en la ficción roística: la duda de si su *Apéndice* no sería reavivar la delirata desencada tras la búsqueda del cráneo o de los cráneos del Supremo o, como creo era su intención, terminaría con ella convirtiéndola, narrándola como lo que era en realidad, una farsa.

Primó la sobrevivencia del *Apéndice* y la épica que pretendió instalar el ministro de la represión terminó en farsa. Creo que la publicación fue un acontecimiento literario mundial y un acontecimiento histórico paraguayo, llevando la tragedia al territorio de la farsa. Como concluye Camus reescribiendo la historia del condenado Sísifo, de mártir a vencedor: “No hay destino que no se venza con el desprecio.”

“Es notable – escribe Roa en *Madama Sui*-como la literatura, cuando es auténtica, es la única que se atreve a sonar con la palabra los misterios del hombre, de la tierra y del cosmos. Cuando los hallazgos son verdaderos, las palabras coinciden. Entonces ya no hay plagio; sólo identidad de los sentidos.”

La novela eterna

Roa escribió probablemente la historia de Francia desde siempre; según su prólogo a *Lucha hasta el Alba*, que él acredita “Este cuento, el primero que escribí”, “perdido y olvidado...durante esos años de amnesia”, treinta según su confesión, recuperado en 1968, cuando comenzó a “compilar Yo El Supremo”; es decir que la data

inicial de esta narración es de 1938, aproximadamente, ajustándonos a las ficciones de la memoria del escritor.

Roa dice haber encontrado el cuento “esfumado” –una de sus palabras favoritas con la significación de filtrada, esfumada, por el agua, mirando desde el fondo del río hacia el cielo, viendo los árboles al revés bailando a través del espejo del agua en movimiento, y luego al cine y a la literatura- “entre las páginas del Tratado de la pintura, de Leonardo da Vinci”. Si bien me consta que ese era uno de sus libros de cabecera, cuesta creer que tuviera un ejemplar en aquél tiempo, pero, conociendo su obsesión por el tema, no se puede dudar que lo recuperara desde una edad joven, justo cuando empezaba a “compilar” El Supremo.

“El texto restaurado” –como escribe en el prólogo- comienza con un padre que castiga a su hijo: “¡Ahí lo tienen al futuro tirano del Paraguay! ¡Rebelde ahora, déspota después!...”-Como Francia, inspirado en los principios de la Revolución Francesa y del mandato del común, devenido luego en dictador absoluto y arbitrario- “A vergajazos voy a enderezar a este cachorro del maldito Karai Guasú!”, el Gran Señor, como se lo llama hasta hoy al Supremo. Es decir, el primer cuento que escribió ya anunciaba la presencia en ausencia del Supremo Dictador, con el pavor de un padre de que su muchacho se encarnara en El Supremo.

Casualmente, Roa empieza a “compilar” la novela de su vida cuando “encuentra” el cuento primerizo del estigma del dictador, ante el terror paterno de que se engendre otro, ¿tal vez el que el Roa empieza a engendrar?

La otra fecha que tenemos que tener en cuenta es junio de 1962, cuando se imprime el opúsculo de marras sobre el deambular de los restos del Supremo. Roa, en el exilio incorpora ese documento a su biblioteca francista, tras deleitarse, como hablamos mas de una vez con la fingidas historias reinventadas por los historiadores con más imaginación que documentos.

Y la otra fecha es la de publicación de *Hijo de Hombre*, una novela del Paraguay del siglo XX, transversalizada por la sombra del dictador Francia desde el primer capítulo, publicada en 1960. Macario, el protagonista que comienza la obra, había sido cruelmente marcado por el Supremo para toda la vida y les contaba a los chicos del pueblo de Itapé las historias del tiempo de la dictadura Perpetua “lo escuchábamos con escalofríos. Y sus silencios hablaban tanto como sus palabras.”

El libro que escriben los pueblos

En ese capítulo final, en el que Francia y el compilador se confiesan, también lo hace el autor o, como él prefiere declararse, el acopiador; “Ya habrá advertido el lector que, al revés de los textos usuales, éste ha sido leído primero y escrito después. En lugar de decir y escribir cosa nueva, no ha hecho más que copiar fielmente lo ya dicho y compuesto por otros. No hay pues en la compilación una sola página, una sola frase, una sola palabra, desde el título hasta esta nota final, que no haya sido escrita de esa manera.”...”Harta diferencia hay entre un libro que hace un particular y lanza al pueblo, y un libro que hace un pueblo. No se puede dudar entonces que este libro es tan antiguo como el pueblo que lo dictó.”

Se atribuye esta declaración de “compilador”, reenunciando a la prestigiosa pompa de “autor”, a la proverbial modestia de Roa, o a identificarlo con cierto pensamiento populista, muy alejado de su pensamiento social y libertario pretendiendo que era el escriba, el Patiño, de un libro dictado por el pueblo.

Es importante constatar que se atribuya el título de “a-copiador”, a en su sentido de privación o negación, es decir, que no copia, sino que acopia, historias, frases y palabras.

El análisis de la obra constata que efectivamente aquí hay muchos libros y, valga el plural, muchos pueblos, pues Roa consideró siempre a los aborígenes como pueblos autónomos, cuyas historias también integran esta obra. Bastará además revisar atentamente la obra para ver cómo se mezclan mitologías, la guaraní con la greco-romana, fragmentos citados y no citados de escritos y escritores desde lo antiguo hasta nuestros días, como se puede rastrear en el Roabastiarío que acompaña esta edición.

En un prólogo escrito por Roa para uno de los volúmenes de las obras de Viriato Díaz Pérez, escritor español de la Generación del 98, que vino al Paraguay y se quedó, y al que muchos artistas y escritores paraguayos, Roa entre otros, consideraran maestro, afirma citándolo a Don Viriato “No somos creadores de pensamiento sino transmisores de él”; y añade “El testimonio más sincero y modesto de mi gratitud es confesar con orgullo, con el más noble de los orgullos, que los trazos espirituales e intelectuales de Don Viriato están dispersos a lo largo de toda mi obra. La última de

mis novelas *Yo El Supremo*, con citas y sin citas expresas, registra ideas, pensamientos, fragmentos enteros de sus obras como por ejemplo los entresacadas de su ensayo *Las piedras del Guairá*, ese texto para mi real y mágico a un tiempo, que yo releo siempre escuchando la música subyacente en su secreta geología.”

Efectivamente, en el caso de ese texto está citado el autor a pie de página, pero, como confiesa, en muchos otros no. Pasa lo mismo con otros autores, el mismo Baltasar Gracián cuya frase “Sólo viéndolas del revés se ven bien las cosas de este mundo” que, consta también en el Roabastiaro, sin citarla primero, pero, luego, en boca de Francia, reprochándole al “franchute” – Bonpland que se la plagie al español. La misma frase se puede encontrar, aunque citándola, en Vigilia del Almirante: “dice con gracia Gracián que sólo mirándolas del revés se ven bien las cosas de este mundo”.

Dos ejemplos más, a parte de su agraciado Gracian y del mamotreto del ministerio del Interior, y que integran el Roabastiaro que acompaña esta edición pueden servir de muestra: **Lustravit lampade terras:** verso de *La Odisea*, traducido por **Cicerón**, y luego reproducido por Montaigne y Pascal, en distintas versiones, pero con una acepción común, “Mi ánimo no depende del tiempo. Yo tengo mi propia bruma interior”. El pensamiento tan repetido sobre los factores que inciden sobre el destino de una persona, lo contrapone a un Roa-Francia hamletiano, de alguien que fue, creyendo haber encontrado, en el cráneo vacío que tantea con sus manos, “la sede troncal de la voluntad”.

El palimpsesto comienza en Homero, sigue con Cicerón, Montaigne y Pascal...y Shakespeare...y, claro, Edgar L. Insfrán y su coro de historia-inventores...el cráneo de Francia y, al final, Roa, sobreimprimiendo el libro que escriben los pueblos.

Caminando y cantando: Y otro, sacado de la literatura popular, cuando pone en boca de Francia en una supuesta conversación con Correa, el representante brasileño, los versos de la popular canción brasileña de fines de los 60, *Caminando y Cantando* del cantautor Geraldo Vandré, sin citarlo:

Quem sabe faz a hora não espera acontecer
Os amores na mente, as flores no chão
A certeza na frente, a história na mão
Un solo tema: el poder

Rolan Barthes, uno de los teóricos del lenguaje más apreciados y citados por Roa, escribió que el escritor tiene un solo tema y sus variaciones. En su caso es exacto;

revisando su obra, desde su primer texto reconocido, *Lucha hasta el alba*, el tema es el poder y, sin duda, a su alrededor siempre ronda El Supremo. Y el abuso del poder contra la gente, pero también contra la naturaleza.

En uno de los textos periodísticos de los que se conservan de su primera época, de enero de 1947, en medio de la llamada *Primavera democrática* del Paraguay, porque en un acontecimiento político con pocos precedentes en el país, se concedió amnistía a todos los partidos y dirigentes partidarios para accionar con libertad, Roa escribió la señal de alarma.

Tras una alucinada y caldeada tregua política, un sueño en que todos creyeron que el fantasma de la Dictadura se diluía, algunos analistas visionarios empezaron a ver que la “primavera” marchaba hacia el infierno, que se desencadenaría poco tiempo después, al desatarse una sangrienta guerra civil.

Uno de esos visionarios fue Roa, quien escribió como editorialista del diario El País, en el que ejercía de Jefe de Redacción, una reflexión en la que calificaba al presidente Morínigo, como “Tirano” citando la definición que hace Alfonso X El Sabio, en su Partida Segunda: “Tirano tanto quiere decir como señor cruel, que es apoderado en algún regno o tierra por fuerza o por engaño o por traición; et estos tales son de tal natura, que después que son bien apoderados en la tierra aman más el facer en su pro, maguer sea a daño de la tierra, que la pro comunal de todos, porque siempre viven a mala sospecha de la perder...”

La misma referencia se puede encontrar en Yo El Supremo, décadas después.

El escritor ve, como la pitonisa, en el fuego de la contienda política soterrada, la explosión de la guerra civil y hace la denuncia. El diario sería luego asaltado y destruido, incluyendo las rotativas, por las hordas para policiales oficialistas, obligando a Roa a buscar el camino del exilio. Se conjugan aquí dos términos enlazados de su vida: la lucha contra los dictadores, como visión barruntadora de las calamidades políticas, con la condena al exilio, que ha sido el destino de visionarios y revolucionarios auténticos, y que lo convirtió en un escritor desterrado.

Como dice Roa en el prefacio de *Madama Sui*, “Quiéralo o no, el narrador siempre presenta o representa en la ficción ese lugar de La Mancha, del cual “no quiere acordarse”. Probablemente, porque no puede olvidarse.

El de Roa se llamaba Manorá, el camino hacia la muerte, el lugar donde morir, y nunca pudo dejar de escribir sobre ese lugar...tal vez porque lo llevaron de “su lugar a otro lugar”... La memoria recuperada contra la opresión, contra el exilio y contra la voluntad de no querer acordarse es una de las madres de la literatura.